

dia á los judíos: «Antes que Abraham fuese, yo soy» Es decir: yo existo desde la eternidad, porque soy Dios, y me hice hombre por redimir al hombre del pecado. ¿Y qué contestacion dan á este testimonio los incrédulos? Escandalízanse como los judíos y haciéndole objeto de sarcasmo, dirigen á su sagrada persona sus envenenados dardos.

Las perniciosas doctrinas de la impiedad se estienen hoy de un modo rápido por la sociedad, y penetra así en los grandes centros de poblacion, como en los pueblos mas pequeños: llegan á los verdaderos sábios que saben distinguir la verdad del error, y tambien á jóvenes incautos que seducidos por un estilo elocuente y bellas imágenes, beben insensiblemente el mortífero veneno. Ved aquí por qué tenemos que tomar en pleno siglo XIX la defensa de Jesucristo y de su Iglesia, para asegurar en unos las sólidas creencias y curar en otros las mortales heridas que el sofisma y el error han abierto en sus corazones. Ganoso, pues, de vuestra instruccion y aprovechamiento, voy á dedicar el presente discurso á demostraros la divinidad de Jesucristo, Redentor de la humanidad. El asunto es demasiado importante para que necesite recomendaros la mayor atencion. Imploremos ante todo los auxilios del Espíritu Santo, por la intercesion de su predilecta Esposa, la Santísima Virgen. *Ave María*

SERMON

SOBRE LA

GRAVEDAD DEL PECADO MORTAL.

¿Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?

¿Qué aprovecha al hombre si ganara todo el mundo y perdiese su alma?

Math. cap. XVI, v. 26.

¿Con qué objeto la Iglesia nuestra Madre nos reúne con tanta frecuencia durante el santo tiempo de Cuaresma? ¿Por qué con tanta repeticion hace resonar en nuestros oidos la divina palabra? Llena de dolor considera á sus amados hijos, que olvidados del fin para que fueron criados, viven envueltos en los lazos del pecado, sin parar mientes en que la muerte pueda sorprenderlos cuando mas descuidados se hallen y hacerles perder con la vida del cuerpo la del alma. Ved aquí por qué empezando este santo tiempo por recordarnos la nada de nuestra existencia, arrojándonos un poco de ceniza sobre nuestra cabeza y diciéndonos á cada uno: «Acuérdate que eres polvo y que en polvo te has de convertir:» nos amonesta á fin de que procuremos atesorar para el cielo bienes de vir-

tudes, procurando lavarnos de la inmunda lepra del pecado con las cristalinas aguas de los Sacramentos. Si consideráramos atentamente, M. A. O., lo que es el pecado; si reflexionáramos con detenimiento el estado de un alma que ha perdido la gracia, preferiríamos mil veces la muerte á cometer un solo pecado mortal. El mismo Jesucristo nos hace por San Mateo esta triste pintura. Los pecadores, dice, son semejantes á los sepulcros blanqueados, que parecen de fuera hermosos á los hombres, y dentro estan llenos de huesos de muertos y de toda suciedad (1). ¿Quién será capaz de pintar con vivos colores la gravedad del pecado mortal? ¿Quién podrá comprender suficientemente toda la desgracia del que le comete y permanece en tan lamentable estado? Basta que considereis que por el pecado pierde el hombre la gracia, se separa de Dios y se esclaviza de nuevo al demonio, haciéndose un mónstruo de ingratitud para con aquel hombre Dios que vertió su sangre para lavarnos de la mancha del pecado.

Yo desearia estar hoy adornado de la mas brillante elocuencia, y que mis palabras fueran saetas penetrantes que llegasen hasta el fondo de vuestros corazones, y que fuesen suficientes para haceros verter al pié del altar santo lágrimas de dolor y penitencia. Yo me daria por suficientemente recompensado de mis tareas con tal de que quedáseis convencidos, y de que en virtud de este convencimiento formaseis santas resoluciones de aprovechar estos dias de salud, de este tiempo aceptable para purificar vuestros

(1) Similes sepulchris dealbatis, quæ á foris parent hominibus spetiosa, intus vero plena sunt ossibus mortuorum et omni spurcitia. Math. cap. XXIII, v. 27.

tras almas en la saludable piscina de la Penitencia.

Con tal objeto he determinado hablaros hoy de la gravedad del pecado mortal y de sus penas. Espero que os llegareis á persuadir que el pecado es el máximo entre todos los males posibles, y que procurareis evitarle en adelante, conociendo que cuanto el mundo puede ofreceros, de nada os aprovechará, como dice el Evangelio, si tuviéseis la desgracia de perder el alma. *¿Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?*

Dios Santo, que en vuestra misericordia infinita nos proveeis de tantos medios para nuestra santificación; dignaos dar eficacia á mis palabras y docilidad á los que me escuchan, á fin de que la doctrina evangélica produzca en todos ópimos frutos. No hay en nosotros mérito alguno que presentaros, pero nos acojemos á los de la Santísima Virgen, nuestra Madre y protectora benéfica, á la que en prueba de nuestra devocion y confianza, saludamos reverentes repitiendo la salutacion que un dia la dirigiera al anunciarla su maternidad divina, el celestial Parainfo: *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Celoso el apóstol San Pablo por la salvacion de todas las criaturas, y no pudiendo multiplicar su presencia para hacer oír su predicacion en todas partes, escribió diversas cartas dirigidas á los fieles de distintas localidades, llenas todas de saludables consejos, á fin de que viviesen vigilantes para no dejarse arrastrar por las sujestiones del enemigo de nuestras almas, que como dice mi gran padre el Príncipe de los Após-

toles, anda siempre alrededor nuestro como leon rugiente, con el objeto de perdernos (1). Por esta causa, al dirigirse á los filipenses, les amonesta lleno de caridad á practicar el bien por estas palabras: «Ejecutad, amados míos, con temor y temblor las obras de salvacion (2).» Por mas importantes que puedan sernos los negocios en que nos ocupamos en el mundo, y de los cuales pende nuestra subsistencia, ninguno puede compararse al importantísimo negocio de la salvacion, del que pende nuestra eterna felicidad. Ahora bien, ¿de qué modo deberemos atender á nuestra salvacion? Procurando evitar todo pecado, lo que conseguiremos fácilmente con solo considerar atentamente á su gravedad.

La vida del hombre, que como dice Job, es una milicia sobre la tierra (3), esto es, una guerra continuada, está llena de azares y de disgustos, y tales son estos, que á veces caeríamos en la desesperacion, si la religion no nos consolase recordándonos la brevedad de la vida y la felicidad que nos espera al otro lado de la tumba. En efecto, mis hermanos: todos los trabajos, todas las aficciones y cuantos sinsabores podemos experimentar durante nuestro tránsito por este valle de lágrimas y de miserias, acaban en el sepulcro. Una desgracia hay tan solo que debe hacernos estremecer y llenar de espanto, porque sus consecuencias son eternas. ¿Y cuál es esta pérdida que á todo trance debemos procurar evitar? La pérdida de Dios por el pecado. En estado tan infeliz, cuando el

(1) I. Pet. cap. V, v. 8

(2) Ita que charisimi mei... cum metu et tremore vestram salutem operamini. Ad. Philip. cap. II, v. 12.

(3) Militia est vita hominis super terram. Job, cap. XII, v. 1.

hombre ha perdido la gracia, cuando se halla separado de Dios por el pecado, ¿á quién acudirá á suplicar el remedio de sus males? ¿Quién podrá enjugar sus lágrimas y socorrerle en sus necesidades? ¿Quién podrá librarle de la perdicion eterna, si la muerte le sorprende sin haber hecho penitencia? ¿Podrá esperar el remedio del mundo, ese dueño que le tiene esclavizado? ¡Ah! Que son innumerables los que hoy padecen y padecerán eternamente por haber vivido aletargados en el asqueroso lecho de sus crímenes.

Para que conozcais toda la gravedad del pecado mortal, notaremos los terribles castigos que Dios ha enviado en todos tiempos á los pecadores. Contemplad lo privilegiado de la naturaleza angélica. ¿Qué habia en el cielo superior á esos espíritus purísimos? Tan solamente el Criador. Pues bien; uno de los ángeles, exclamó impulsado por la soberbia: *seré semejante al Altísimo*, y arrastró tras sí á otra multitud de ángeles que se revelaron contra Dios. ¿Y qué castigo recibieron por su ingratitud? Fueron arrojados del cielo y condenados á vivir por siempre en las mazmorras infernales, quedando convertidos en príncipes de las tinieblas.

Veamos ahora de qué modo ha castigado el Señor el pecado en el hombre. ¿Cuál era el estado de nuestro primer padre, luego que fué criado por Dios y colocado en el Paraiso? El mas feliz y venturoso: constituido rey de la naturaleza, nada podia conspirar contra su felicidad: pero cae en el pecado, y el que antes gozaba de tanta felicidad y ventura, queda reducido á la triste condicion de esclavo: los elementos se conjuran contra él y hasta los animales, que se revisten de ferocidad. El Señor pronuncia la sen-

tencia, y desde aquel instante queda sujeto á la enfermedad y á la muerte. Dios, lleno de misericordia, si bien castiga al hombre se compadece de él, y en el lugar mismo donde se cometiera la transgresion del primer precepto, ofrece enviar un Mesías que todo lo habia de pacificar con la estola de su misma sangre, y durante el tiempo que media entre la caida del hombre y su rehabilitacion, suscita inspirados profetas que con nuevos anuncios, sostienen la universal espectacion.

Fijémonos ahora en la época en que aparece entre nosotros el Redentor, el Hijo de Dios que voluntariamente habia salido fiador por el hombre. ¿Quereis conocer la gravedad del pecado? mirad el castigo en *Aquel que no habiendo conocido pecado, fué tratado como el mismo pecado* (1). El Eterno Padre, cuya justicia debia quedar satisfecha, castigó en su Hijo humanado la culpa del hombre con el mayor rigor, pues que sufrió los mas crueles tormentos, las mayores ignominias y la muerte mas cruel, á cuyo precio únicamente pudimos ser rescatados. ¿Qué hubiera sido de nosotros si Jesucristo no se hubiese prestado voluntariamente á ofrecer el sacrificio de su vida? Hubiéramos quedado para siempre enemigos de Dios y esclavos del soberbio príncipe que fué ocasion de la ruina de la humanidad.

Ahora bien, cristianos: ¿Quién entregó en manos de sus enemigos cual si fuese un criminal, al santo, al inocente, al inmaculado y segregado de los pecadores (2)? ¿Quién le condujo de tribunal en tribunal,

(1) Eum qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit. II. ad. Cor. cap. V. v. 21.

(2) Sanctus, innocens, impollutus, segregatus á peccatoribus. Ad Heb., cap VII, v. 26.

haciéndole sufrir en cada uno de ellos insultos y tormentos? El pecado. ¿Quién puso sobre sus hombros el pesado madero de la Cruz? El pecado. ¿Quién le llevó al Calvario é hizo extraer de sus venas su preciosa sangre, haciéndole sufrir la mas cruel é ignominiosa de las muertes? El pecado. Vosotros los que vivís en una criminal indiferencia, mirando como cosa insignificante el pecado, fijad la atencion en un crucifijo y al contemplar el modo con que fué castigado por el Eterno Padre en la persona de su divino Hijo, conoceréis toda su grandeza y procurareis evitarlo en adelante. Si el Padre Eterno exigió tal satisfaccion, si el Hijo la realiza, si el Espíritu Santo se goza en ella, claro es, mis hermanos, que ni Dios puede dejar de aborrecer la culpa, ni el hombre puede dejar de ser enemigo de Dios, mientras no la deteste y la abomine.

¿Por qué los primeros cristianos se conservaban siempre en gracia y evitaban con tanto cuidado el caer en el pecado? Porque tenian la vista fija en Jesucristo autor y consumidor de nuestra fé. Bienes, haciendas, patria y aun la vida perdian gustosos antes de cometer un solo pecado. Abrid las actas de los Mártires de la Religion y quedareis maravillados. ¿Qué se les exigia por los perseguidores de la naciente Iglesia? Tan solamente un pecado de infidelidad: que doblasen sus rodillas ante los dioses del imperio. ¿Y con qué se les amenazaba de no hacerlo? Con los mas crueles tormentos en los que habian de perder la vida. Sin embargo, llenos de fé y de una admirable fortaleza preferian los tormentos y la muerte y corrian á los martirios entonando himnos de bendicion al Dios tres veces santo: y cuenta que no eran tan solamente va-